

EL AIRBNB

Esta historia empieza un lunes de octubre. Era el típico lunes tedioso que el cielo está nublado.

En mi familia somos 4: la abuela, mi marido, mi hija y yo, Teresa. Siempre hemos sido de clase media baja y un día, como no llegábamos a fin de mes, decidimos alquilar la habitación que teníamos libre en casa.

Mi hija, que era muy apañada con la tecnología y las modernidades, colgó el anuncio en "Airbnb", una aplicación moderna para alquilar casas o habitaciones.

Al cabo de unas pocas horas, llegó una notificación al viejo ordenador de la familia. Un tal Jose Mari había respondido al anuncio y parecía que quería quedarse una "semanita".

Parecía un milagro, nosotros creíamos que no íbamos a tener suerte pero parece que al final sí.

Llegó el lunes de la semana siguiente, Aquí en Soria era festivo porque se celebraba el día de todos los Santos.

Estábamos preparándolo todo: la abuela limpiaba el salón y mi hija preparaba la habitación.

Mientras tanto, mi marido y yo, fuimos al cementerio a ponerle flores a mi difunto padre.

Nosotros aún estábamos fuera de casa cuando llamaron al timbre. La abuela abrió la puerta.

Entró un hombre extraño, misterioso, vestido de negro y con unas maletas que parecían pesar cantidad.

Mi hija y la abuela hicieron un paso atrás. Un escalofrío les recorrió la espina dorsal.

El hombre no dijo nada. Ni tan solo un "Buenos días" o un "hola" simplemente.

Con voz temblorosa, la abuela indicó al individuo donde estaba su cuarto.

Cogió las maletas y, con un fuerte gruñido, puso marcha hacia la habitación.

Rapidamente nos llamaron la abuela y la niña. Nos contaron todo lo que habían visto. A nosotros aún nos quedaba un buen rato para llegar a casa y les dijimos que estuviesen atentas y tranquilas.

Anna, mi hija, y Mercedes, mi suegra, se sentaron en el sofá después de nuestra llamada. De repente, entró en el salón el extraño hombre del "Airbnb".

La abuela espachurró a la niña con un gran abrazo de protección.

El hombre, de aspecto frío y tenebroso, dijo con claridad y sin querer ser cuestionado, que él prepararía la comida.

Así lo hizo. Preparó una sopa. Al principio, la abuela y Anna se mostraron reticentes a tomársela pero no hubo otro remedio que hacerlo.

Algo empezó a no ir bien en casa.

Nosotros llegamos 2 horas más tarde. Habíamos ido a tomar algo al volver del cementerio.

Al abrir la puerta con las llaves por poco no caigo desmayada en el medio del salón.

Encontramos a la abuela colgada de la lámpara del techo con signos de violencia. Mi hija no estaba y el hombre tampoco.

El salón estaba lleno de vómitos y sangre.

13 años después de la tragedia, seguimos buscando a nuestra hija Anna. Ni la policía ni nadie han hecho nada para encontrarla.

Hoy, 1 de noviembre de 2023, rezamos al cielo para que nuestra pequeña siga viva.